

VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2004.

Del aullido a la palabra. Una experiencia de taller literario con sobrevivientes de la Shoá.

Graciela Komerovsky.

Cita:

Graciela Komerovsky (2004). *Del aullido a la palabra. Una experiencia de taller literario con sobrevivientes de la Shoá. VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-045/513>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

DEL AULLIDO A LA PALABRA

UNA EXPERIENCIA DE TALLER LITERARIO CON

SOBREVIVIENTES DE LA SHOÁ

Prof. Graciela Komerovsky

Coordinadora del Taller Literario de Fundación Tzedaká

ABSTRACT

Víctimas de un plan de exterminio, sobrevivieron al mayor genocidio del Siglo XX. Ya en el país, la mayoría eligió el silencio por miedo a que su palabra fuera rechazada.

Desde 2003, un grupo de Sobrevivientes del Holocausto participa de un taller de escritura. En cada encuentro semanal, cuentos y poemas disparan consignas orientadas a la creación; la escritura exorciza viejos fantasmas, y la reelaboración estética de situaciones que son fuente de angustia favorece en ellos la relectura de la propia historia.

Los sobrevivientes legan al patrimonio cultural comunitario sus historias de vida. De tal manera, sus testimonios tienen el valor excepcional de recuperar diversos aspectos de la niñez y juventud en los lugares natales, de la vida judía en la Europa de preguerra y posguerra, así como también de sucesos ocurridos durante los años más duros de la conflagración o de la época de su emigración a Argentina, que se mantenían inéditos.

Este trabajo desarrolla la descripción del particular proceso que ocupa la palabra escrita en el juego de la transmisión y la memoria.

DESARROLLO

“Tú debes sobrevivir para contar esta historia de oprobios.”

William Shakespeare, *Hamlet*

En marzo de 2003 fui convocada por la Fundación Tzedaká para coordinar un taller literario de características poco frecuentes. Desde entonces, cada miércoles a las tres en punto de la tarde, se reúnen para leer sus historias doce mujeres y un hombre, cuyas edades van de los 64 a los 85 años —la mayoría de origen polaco—, judíos que han sobrevivido al Holocausto y perdieron a miembros de sus familias en los ghettos y campos de exterminio.

Casi todos ellos, por vergüenza y miedo reprimieron durante décadas el capítulo más negro de su historia, y los hijos y los nietos crecieron con el ocultamiento de esa parte del pasado familiar.

Desde el primer encuentro se presentó, entonces, el desafío de que los sobrevivientes comprendieran un rol activo que trasciende al de víctimas: el *recordarás*, mandato talmúdico que impulsa al pueblo judío a enseñar y transmitir la memoria del hombre en el mundo. Porque, ¿qué había ocurrido? “¿dónde se había escondido la necesidad (de narrar) todo ese tiempo? ¿Qué hubo antes de la guerra? (...) Dolor, inhibición, pudor. ‘¿Cómo tu hijo va a poder imaginarte en esa situación?... ¿Cómo puede acercarse a eso?’.”¹

La respuesta llegó desde la obra de otro sobreviviente, Jorge Semprún: “¿Cómo contar una historia poco creíble, cómo suscitar la imaginación de lo inimaginable si no es elaborando, trabajando la realidad, poniéndola en perspectiva? ¡Pues con un poco de artificio!”² Ese fue el punto de partida; ellos, los encargados de escribir esos relatos que conectan el mundo de la muerte con el mundo de la vida. Relatos convertidos en objetos artísticos

¹ Sergio Guelerman, *Memorias en presente. Identidad y transmisión en la Argentina posgenocidio*. Bs. As., Norma, 2001

² Jorge Semprún, *La escritura o la vida*. Barcelona, Tusquets, 1997.

mediante el uso de “artificios”, recursos literarios que mediatizarían la transmisión de sus testimonios. Sin embargo, en ese trabajo de reconstrucción de la memoria la focalización temática no iba a estar puesta necesariamente en la tragedia de la guerra y en sus penurias como sobrevivientes, sino que iba a haber, además, un espacio para el recuerdo relacionado con hábitos y costumbres de sus familias, sus pueblos y comunidades de origen. Veamos unos ejemplos de cómo, a partir de la consigna de evocar un sabor que los llevara a una escena de infancia, emprendieron la tarea de reencontrarse con un ayer familiar, feliz, remoto:

“Como éramos ocho hermanos, cada uno de nosotros llevaba a la panadería algo para hornear. Por la tarde, mamá ponía un mantel blanco resplandeciente, y el vino que ella misma había preparado con pasas de uvas, las jalot (panes trenzados), y esperábamos que volviera mi padre de la Sinagoga. Él siempre traía como invitados a dos personas, de los indigentes que pasaban por el pueblo, para que compartieran la mesa con nosotros.”

Sabina

“Estoy sentada con mi muñeca en el medio de la cocina de mi casa. Los pies no alcanzan el piso. Soy todavía chiquita, pero me gusta mucho venir a la cocina y observar a mi mamá cuando prepara la comida. La cocina es espaciosa, ordenada, todo en su lugar. Las relucientes ollas de cobre brillan como soles, colgadas en la pared de la estufa. Hay de varios tamaños. En la repisa, sobre el hogar, reina misterioso el molinillo de café, al lado del imponente mortero de bronce, reluciente y amenazador. En la pared de enfrente, los estantes orlados con anchas puntillas almidonadas, blancas como nieve, exponen la vajilla con sus dibujos variados.”

EL TAPADITO ROJO

*mi barrio del pueblo de llaw
donde nací
en la ciudad de Sajachov
tenía un pintoresco
aroma a primavera
mi casa era ese patio soleado
y la habitación con muñecas y juguetes
donde me visitaron
la tos convulsa y el sarampión
papá premió mi cura
y me llevó al parque
con hermosos puentecitos y flores
él con sus pasos largos
yo corriendo
 para alcanzarlo
—siento aún el aire fresco en mi boca—
y a la vuelta, una vidriera:
un tapadito rojo
con cuellito de piel negra
 mi deseo era tan grande
 *que fue mío**

*Lo disfruté tan poco...
las primeras bombas destruyeron mi casa
pero burlamos a la muerte
papá tenía un campo,
estábamos en El Sud.*

Rosa

En los sucesivos encuentros, a medida que sus integrantes fueron sintiéndose más cómodos y las historias de vida afloraban con mayor fluidez, comenzaron a surgir definiciones sobre el taller: “una gran oreja”, “un espacio confiable”, “acá no existen prejuicios por eso nos animamos a hablar”. Y, de a poco, todos fueron tomando conciencia de que aún estaban a tiempo de contar lo que fue, porque comprendieron que “la verdad tiene valor cuando hay un sentido para esa verdad.”³ No solo había que recordar las horas más penosas, sino también aquellas cosas de mucho antes de la guerra, momentos de serena alegría, que también hubo. Por eso, una de las consignas consistió en que hicieran un acercamiento literario a ese lugar donde habían sido felices, antes de que el mundo estallara. Estos son algunos de los textos que escribieron:

*“Mi pueblo era tan pacífico
como un bebé
que lloraba un día de lluvia
con lágrimas que caían
como un diluvio.*

³ Sergio Guelerman. Op. Cit.

*Así como no se podía
parar la lluvia
tampoco se pudo
frenar la tristeza...”*

Mina

*“un baldío, una pelota, el fútbol
los juegos con los carritos
que llevaban la basura
París, mi ciudad
luz, perfumada por el olor de las castañas
en invierno
París, mi ciudad
luz de mi vida
toda.”*

Alberto

*“Mi pueblito era
perfume de tilo
al saludarme de lejos
tintineo de cencerros
al pasar los pastores*

Mi pueblito era

aljibe de agua pura
suelo sembrado de guijarros
para jugar a la payana

sonido de vajilla
que recogía mi madre
en la siesta
tras el almuerzo

las matas de lila
embriagando el aire
por las ventanas abiertas

mi hogar era la lámpara encendida
mi padre leyendo a Sholem Aleijem
y antes de dormirmos, los cuentos de mi padre
que él inventaba
siempre renovados

para acunar nuestros sueños.”

Etti

Estos cuadros retenidos en la memoria durante tanto tiempo despertaron en ellos la ilusión por revivir el pasado, por reencontrarse con los personajes familiares en aquellos lugares añorados. Y así, ejercicio tras ejercicio, los talleristas fueron comprometiéndose con la idea de que “la palabra otorga la

posibilidad de inscribir la historia”⁴, convencidos de que, antes que nada deben asumir la misión de contar como una forma de educar para la paz, pues sigue vigente aquella idea que reclamaba Theodor Adorno, “la exigencia de que Auschwitz no se repita es la primera de todas en la educación”⁵. De este modo, mis alumnos entienden que “la Shoá debe ser enseñada para vencer la resistencia de sus negadores y la de aquellos que lo consideran algo tan extraordinario que no puede volver a ocurrir, y por eso sus relatos constituyen aportes inestimables. Después de todo, esa es la paradoja del sobreviviente: “cuenta relatos del mal que producen el bien”, como dice Todorov”⁶.

Interpretando la frase de Paul Celan cuando afirma “nadie testifica por el testigo”, los participantes fueron reconociendo la particular situación en que se hallan, puesto que nadie puede testificar por ellos y sólo ellos pueden testificar por los que ya no están. De a poco, entonces, los fue ganando una necesidad irrefrenable de compartir historias. Una especie de venganza poética frente a “la solución final”, que buscó matar entre tantas otras cosas la palabra —baste recordar que en su siniestro vocabulario los nazis no eliminaban, *trasladaban*, y no tenían campos de exterminio sino *de trabajo*—.

Semana tras semana, las páginas autobiográficas fueron hilándose como representaciones, un contar de nuevo esa vida que es siempre, necesariamente, relato: relato que se cuentan a sí mismos como sujetos, a través de la

⁴ Carmen Hauser, “Los rastros del recuerdo”, en *Autobiografía y escritura*, Juan Orbe compilador, Bs. As., Corregidor, 1994.

⁵ En una conferencia ante una radio alemana, en 1996.

⁶ Regina Steiner, “Aprender de los sobrevivientes”. En Revista *Comunidades*, Bs. As., 19 de noviembre de 2003.

rememoración, pues tal como dice Sylvia Molloy, “el lenguaje es el único medio que me es dado para ‘ver’ mi existencia”⁷.

Cierto día, propuse como consigna de trabajo que cada uno escribiera la historia de un compañero del taller. De este modo resumió Rosa el destino de Sabina:

“Cuando la llevaron con otra gente a las cámaras de gas, la niña delgadita, que temblaba de miedo, logró salirse de las filas y escapar. Un soldado alemán le dijo a otro que le disparara a esa niña que corría, el otro rió y dijo que no valía la pena gastar una sola bala en ella, si ya se estaba cayendo, si iba como muerta. Sin embargo, la muchachita logró escapar y llegó de noche a un bosque. A lo lejos, vio una luz, y con la poca fuerza que le quedaba, fue arrastrándose hasta la casita de un guardián del bosque, quien se apiadó de la niña tan audaz, que temblaba ahora de hambre y de frío. (...), una elegida entre los pocos que lograron salvarse de desaparecer en el ghetto. A punto de morir varias veces, Sabina sobrevivió para contarnos su historia a nosotros y al mundo”.

En esa función escritural móvil, definida por el poeta T.S. Elliot como aquella en que “las palabras se estiran/ se agrietan y a veces se rompen”, se fue produciendo, entonces, un proceso de transformación: la persona se iba tornando personaje, sus alegrías e infortunios comenzaban a vivir en la mitología del otro.

En el siguiente texto, en cambio, veremos una estrategia narrativa diferente: el relato en dos tiempos verbales; el pasado que da cuenta del alejamiento

⁷ Sylvia Molloy, “El teatro de la lectura: Cuerpo y libro en Victoria Ocampo”, en *Autobiografía y escritura*, Juan Orbe compilador, Bs. As., Corregidor, 1994.

temporal respecto del momento en que se narra y el presente que encarna un hecho doloroso del pasado perdurando en el tiempo:

“Estrujó su cerebro, su entrecejo formó gruesas líneas: a ver si me acuerdo. Bajó despacio los pesados párpados y vio, como flotando, algunas nubecitas: ¿jirones de recuerdos? Sí, hay algo: bombas, estruendos, olores, hambre, dolores, separaciones. Sacudió la cabeza, otra nube, otros recuerdos. En ésta ella ya tenía otro nombre, otra identidad. Empezó a hurgar más. Entre los pliegues del cerebro, como si fuera un fichero. Retuvo la nubecita. Aquí también hay cosas para acordarse: ghetto, una palabra nueva, ¿qué esconderá? El ghetto en llamas, ella viendo cómo arde. Queda petrificada: ¡ellos están adentrooo! Hay que alejarse del muro para poder llorar. Aquí, frente al muro no puede hacerlo con su nueva identidad, ya es aria. En adelante, tiene que trabajar en ello. Empieza a martillar: ‘Yo me llamo Sofía Kosevska’, ‘Yo me llamo Sofía Kosevska’, no sea que alguien la reconozca y la llame por su nombre verdadero. Cuando, al pasar por la calle, un muchacho se daba vuelta, ella temblaba. ‘¿Me habrá reconocido?’.”

Como vemos, Zosia, su autora, utiliza la primera persona sólo en boca de la protagonista del relato, mientras ella, verdadera protagonista de la historia, queda enmascarada por una tercera persona que le da la distancia necesaria para poder pensarse a sí misma en esa situación que tuvo influencia decisiva en el proceso de construcción de su identidad. Cuando utiliza el presente, nos entrega el plano más íntimo del personaje, el fluir de su conciencia.

Ejercicio tras ejercicio, la carpeta del taller va engrosando su lomo, pues los trabajos se corrigen, se escriben en computadora, se fotocopian y todos reciben en cada clase los textos de la semana anterior para poder volver a leerlos en casa. Algunos los ordenan por fecha, otros por autor; primer acercamiento a la letra impresa de su propia obra y a la de sus compañeros, inmenso rompecabezas donde los fragmentos del pasado se resignifican a través de una palabra personal y creadora.

Así, pasando por los “¿qué digo?” y “¿cómo lo digo?” iniciales, el entusiasmo del grupo por la escritura va en aumento, y mientras los relatos se desgranar, los talleristas descubren que el estilo no es atributo exclusivo de los escritores profesionales, sino que ellos también pueden ser reconocidos por la forma particular en que cada uno representa el pasado. Asimismo, hay otro paso que dan en relación con esta nueva tarea: en la crítica que los demás compañeros les hacen de los textos y en el aplauso que premia la lectura de cada uno, los participantes del taller empiezan a reconocerse en su rol de escritores-autores. Y curiosamente, pese a los achaques propios de la edad, mejoran su calidad de vida y nadie falta a clase, porque todos quieren testimoniar a través de cuentos y poemas, de primeras o terceras personas, las experiencias que mantendrán vivo el recuerdo de la Shoá.

Al respecto, los aportes teóricos del Dr. James Pennebaker en E.E.U.U, y en nuestro país, de la Dra. Mónica Bruder⁸ sobre el "**Cuento Terapéutico**", nos informan acerca de una herramienta basada fundamentalmente en el valor de la escritura: toda historia humana puede ser narrada a la manera de un cuento, todo conflicto presentado desemboca en una resolución y, más allá de las circunstancias pasadas, le otorga un sentido positivo a la vida.

Deduje entonces que los textos de mis alumnos se adaptan a esta definición: son escritos por sujetos que vivieron situaciones traumáticas, cuyo conflicto se resuelve, luego de un proceso creativo estimulado desde la lectura y/o narración de materiales específicamente seleccionados, en un relato que lleva a una sensación de bienestar.

Sin embargo, había algo previo que el trabajo con la escritura refuerza en los sobrevivientes: la **resiliencia**⁹, palabra latina que describe la capacidad de afrontar las adversidades para salir fortalecidos de ellas, una evolución que se produce en función de procesos sociales e intrapsíquicos, y depende de ciertas cualidades de la interacción del sujeto con los otros humanos responsables de la construcción del sistema psíquico.

Este Taller al que asisten personas con capacidad de resistir funciona, en relación con la resiliencia, como un otro significativo que posee además características especiales: empuje, humor, capacidad de poder reírse para aliviar tensiones, pensamiento crítico individual y grupal. En las buenas y en las malas, ellos encuentran un espacio para la celebración de la vida (se festejan los cumpleaños y demás acontecimientos familiares), pero también saben que

⁸ Mónica Bruder, *El cuento y los afectos*. Buenos Aires, Galema, 2000.

⁹ Apuntes de la conferencia dada por la Dra. Gisella Perren Klinger, en el "III CONGRESO INTERNACIONAL DE TRAUMA PSÍQUICO Y ESTRÉS TRAUMÁTICO", Centro Cultural San Martín, 26 al 28 de junio de 2003.

hay escucha y abrazos que los contienen cuando algún problema o dificultad los abrumba.

La Dra Gisella Perren Klinger, experta en el tratamiento del dolor social, afirma que “en su desarrollo los sobrevivientes habrán contado con algún continente, algún otro humano que los acompañó en la adversidad, puesto que un sujeto tiene un sustrato de seguridad que le dan los otros, aun cuando desde lo social hay situación traumática, y se presenta un sustrato de lo siniestro. El sujeto queda escindido por el trauma y hace falta otro significativo que le permita retomar su vida. El momento de resiliencia es aquel donde se dice ‘la vida puede continuar’.” En este sentido, desde el taller se trabaja en una consolidación cotidiana de la resiliencia de los sobrevivientes:

- Se reconocen los problemas.
- Existe una comunicación abierta y clara acerca de ellos.
- Se registran los recursos personales y colectivos existentes.
- Hay una organización y reorganización de las estrategias y metodologías tantas veces como sea necesario, evaluando logros y pérdidas.
- Hay pertenencia a algo que tiene sentido, lazos que valen la pena.
- Identidad cultural.
- Se alienta la práctica del humor.
- Existe la solidaridad entre sus participantes y desde la red social que los convoca.

Este refuerzo de la resiliencia, que se verifica en un mejoramiento de la salud de los participantes del taller a lo largo de estos casi dos años, es consecuencia también de un concepto que destaca Todorov en *Frente al*

límite: el cuidado de la solidaridad entre los miembros de un grupo. Él afirma que mientras “el sacrificio glorifica la muerte, el cuidado no tiene más sentido que la vida”¹⁰ y precisamente resulta conmovedor comprobar esa protección y respaldo que existe entre los integrantes del taller. Comenzaron a partir de un encuentro que se dio a través de la escritura y pudieron conocerse gracias a ella, pero ahora son además un grupo de amigos que se llaman, que a menudo salen y se ven fuera del horario de clase, y siempre están dispuestos a brindar apoyo.

Todos ejercitan la memoria, con su intrínseca exigencia de fidelidad, de devolver la verdad del pasado, pretensión que aparece nítidamente en el momento que Ricoeur privilegia, el del reconocimiento, ese “¡era así!”, que los implica como testigos. Y eso los lleva a la responsabilidad de seguir contando, una lucha que se expresa en un imperativo: “atrévete a crear relato, a narrar, por ti mismo”¹¹.

En esa oscilación entre la evocación de la experiencia pasada y la experiencia de la propia escritura, los textos resultan para el lector reveladores de sabiduría y, para sus autores, una vuelta a otro tiempo, al pasado de su yo, desde la perspectiva del mundo actual y el siglo XXI.

Precisamente, la consigna de observar dos fotografías de momentos diferentes —una de cuando eran niños y otra más próxima al presente— y entablar a partir de ellas un diálogo entre esos dos aspectos de la propia imagen, disparó trabajos de profunda introspección respecto del paso del tiempo y la construcción de la identidad. En la primera de las fotos que Raia —85 años, la mayor del grupo— eligió para su trabajo, hay una joven de facciones

¹⁰ Tzvetan Todorov, *Frente al límite*. México, Siglo XXI, 1993.

¹¹ Paul Ricoeur, *La memoria, La historia, el olvido*. México, Fondo de cultura Económica, 2004.

armoniosas que mira a la cámara entre pícara y altiva; en la otra, la sonrisa se ha dulcificado y una coronita de reina luce sobre la cabeza completamente blanca. Leamos entonces, cómo resuelve ella la tarea:

“Raia, jovencita, como las escondiste en la caja de tu memoria, te voy a recordar algunas cosas. Cuando empezó la guerra, nunca pensaste que ibas a tener que abandonar tu casa; a tus padres los obligaron a partir, tenían miedo de terminar en Baby Yar como 200 mil judíos, víctimas del odio de sus propios vecinos.

(...) Como ves, Raichka, quizás no cumplí con todos tus sueños, pero hice lo posible. Por favor, jovencita, no me juzgues tan severo. Cuando una es joven, sana y tiene la suerte de ser bonita, nunca cree que algún día llegará a la tercera edad. Hoy, digo gracias a Dios por eso, y no me critiques duro porque soy vieja; todavía tengo ganas de reír, de disfrutar de mi familia, amigas y compañeros. La belleza de afuera me entró en el alma. No fue tan malo el cambio, ¿no te parece? Puede ser porque tengo mucho amor para la buena gente. Jovencita de diecisiete años, ¿pensaste que llegarías a Reina Ester teniendo ochenta y uno...?”

Cabe aclarar que, al principio, cuando Raia llegó al taller, por su dificultad de escribir en castellano dictaba los textos a Luchi, mi ayudante. El alfabeto que ella domina es el de su lengua madre, el ruso; tiempo después, y a pesar de los problemas ortográficos, se animó a escribir en nuestro idioma. En la actualidad, el vocabulario de Raia es cada vez más amplio, los errores menos frecuentes, y ella se siente orgullosa de sus logros como escritora.

Gladys, la más joven del grupo, tiene 64 años, y aunque desde la oralidad participaba activamente de las clases, durante mucho tiempo no pudo escribir, hasta que el trabajo sobre las fotografías fue de un impacto emocional tal, que le permitió desbloquear una vida de silencio y tristeza. Así comienza su texto:

“Guitele, me llamaban en idisch desde que nací. Quisiera que ella me hablara a mí primero, a la Gladys de ahora, pero Guitele no sabe qué decir. Nació en plena guerra y no sabía lo que pasaba; yo la veía chica, feliz, con mamá y papá. Si Guitele no sabe seguir... que siga Gladys. Un lapso sin pensar, o cómo continuar, a mi cabeza le resulta difícil hilvanar recuerdos. El silencio de esta noche en que escribo acentúa los latidos de mi corazón...”

¡Qué te pasa? Te han pedido un diálogo entre Guitele y Gladys. Otra vez latidos. ¿Qué pasa? ¿Acaso no recuerdo mi sufrir, acaso no pasó nada...?

No quiero recordar; pero lo prometí a mi maestra Graciela, a Luchy, a mis compañeros.

¡Ya basta, Gladys! ¡Habla, escribe!

Guitele, te evoco traviesa. Subías a los árboles sin miedo y te hacías la que no escuchabas cuando te llamaban. Te reías, te metías en la nieve hasta el cuello, te recuerdo tan feliz... Sólo salías de la nieve cuando veías venir a mamá, que te traía un vaso de crema, tu comida del día que Mamá lograba negociando, con algún trueque...”

Guitele/Gladys pudieron, a través de la rememoración, reunirse; la mujer de hoy abrazó a la niña que fue, y en ese reencuentro la escritura fue pasaje: ni paz ni pasividad, sino pasión del pasado, desde el presente; camino de una interioridad donde comienzan a ajustarse las piezas del rompecabezas de una

identidad fragmentada por la guerra, la discriminación, el exilio, la forzosa adaptación a un mundo nuevo.

También hubo un trabajo con el nombre —que en la mayoría de los casos y por razones de supervivencia fue cambiando en su desplazamiento por distintos sitios— que logró que ahondaran y discurrieran sobre las implicancias de cada una de esas formas de nominación.

“Los padres lo ponen y el tiempo a veces lo cambia. Sabía que yo era Louise, pero recuerdo que de chica me llamaban Loulou y me gustaba, era como si con ese sobrenombre me quisieran más.

Pasaron los años, volví a mi nombre, pero cuando llegué a la Argentina mi suegro se llamaba Luis, y otra vez me lo cambiaron, me pusieron Luisa. Yo no dije nada, y aunque no me gustaba, tuve que aceptarlo.

Por eso me encanta cuando viajo a Australia, donde están mis hermanos y el resto de mi familia, que allí me llaman Louise, y siento que soy yo. Es una sensación que tengo”.

De manera espontánea, a partir del momento en que la autora terminó de leer su texto, en el Taller todo el mundo ha comenzado a llamarla Louise, y ella ya no tendrá que viajar tan lejos para sentirse llamada tal como se reconoce.

Su compañera y amiga Elizabeth narra así el complicado periplo de su propia identidad:

“Mi nombre fue mutando a medida que cambiaba de país. Nací como Lea, creo que en memoria de un tío de mi mamá que se llamaba Leib —en el pueblo en que nací el idisch era un idioma casi oficial—. Al escaparnos a Rusia me

empezaron a llamar Liza, un nombre que usé durante diez años y, con el cual me identifico cuando pienso en esa época.

En los papeles, sin embargo, figuraba como Elizabeta, y con tal nombre llegué a la Argentina. Pero al escribiente de la Policía Federal se le ocurrió que había que argentinizarlo y me bautizó Elizabeth. A todos los llevo dentro de mí, no me pesan, pero me identifico más con el de Lea por mi identidad, ¡y ni les digo cuando soy la bobo (abuela) Lea!”

Noelly alcanza una dimensión casi poética en el recorrido del suyo:

“¡Qué complicado! Sofía es mi nombre de origen y en algunos documentos, está escrito Henriette, que en verdad no existe. Sofía fue la pobrecita, la gris, la tristísima nena que quedó sola en el mundo y que tuvo la gran suerte de ser salvada. Me costó mucho comprender en este caso la palabra “suerte”: las sombras negras, el corazón partido, la llama de la vida apagándose ante cualquier ráfaga de viento. Luego, Sofía se transformó en Noelly. Extraña, hablaba otro idioma, pero ¿cómo hizo para poder entender y ser entendida? Fue un camino largo lleno de piedras, y también de flores, que poco a poco irían abriendo ese surco...”

Cautivos de una vida que han elegido recordar, pareciera que en estos relatos los sobrevivientes se permiten firmar la paz con cada porción de identidad que los representa, y en esta tarea su universo personal se expande, promueve resonancias y transformaciones recíprocas, alcanza la libertad creadora.

Dice Julia acerca del trabajo en el taller literario:

“Aquí se me permite recrear elementos negativos y transformarlos en positivos. Aquí comprendí que es necesario retornar a esa liviandad que permite disfrutar de la vida. Y aquí, la celebramos en cada encuentro. (...) Me gusta participar del taller, lo siento como necesario y los deberes que nos llevamos me integran a lo más positivo de mí. Expresarse es una necesidad y a la vez un placer. Poder hacerlo cada vez un poco mejor, un gran triunfo.”

Y por si algo faltara para que se sintieran verdaderamente autores, a fin de año se publicará una antología de sus trabajos; un libro que será presentado y que ellos firmarán, conscientes de que “un sobreviviente es una persona común que ha vivido situaciones tan sobrecogedoramente extraordinarias que por ese solo hecho ha dejado de ser una persona común. Y que su vida no fue vivida en vano si queda de ella un relato que se añade a las innumerables historias que forman nuestra identidad y ayudan a crear un mundo mejor”¹².

Detrás de los barrotes inasibles y maleables de la evocación, el taller recupera una palabra que proviene a la vez del mundo íntimo y doméstico y de la memoria individual y colectiva, rescata la palabra de la deshumanización a la que ha sido sometida y le devuelve a la par que una dimensión poética, su verdadera significación.

CONCLUSIÓN

A partir de la idea de que la vida desconocida sólo se convierte en re- conocida a partir de la letra escrita, la Fundación Tzedaká creó el Taller Literario que funciona en la Fundación Memoria del Holocausto.

¹² Regina Steiner. Op. Cit.

En él, los participantes se acuerdan y acuerdan una paz, firman un pacto consigo mismos, una especie de contrato entre la vida que tuvieron y la que les queda, entre lo biográfico y lo estético, entre el recuerdo y la fantasía. Y en esa paradoja constitutiva de todo acto de transmisión entre la necesidad de memoria y el olvido, los sobrevivientes utilizan la metáfora, el humor, la ironía, y se expresan en un proceso tan literario como terapéutico.

Es un hacer literatura pero también es un trabajo con la identidad, que consiste en compartir con los demás el gran secreto de lo que ellos son, ese misterio que lucharon por esconder y que, al mismo tiempo, tanto quieren revelar, mediante una “construcción a posteriori de su propia vida, y amparándose en los velos de la narrativa, cierto asilo que solo la belleza puede ofertar”¹³.

Y ellos que muchas veces sufrieron la falta de libertad, cuentan, porque contando horadan los muros de la prisión. Porque “contar es un acto de libertad muy apreciable (...) un acto revolucionario, no previsto y al margen del mercado. Encontrar laboriosamente, después de alguna introspección, algo para contar y tejer desde ahí un pequeño relato personal, (...) constituye una aventura extraordinaria”¹⁴.

Y en esas expresiones donde se permiten desordenar y reordenar, vivir e imaginar sus experiencias, engarzar amor con odio, vida con muerte, desánimo con pasión, los sobrevivientes que participan del taller literario encuentran un nuevo sentido a su existencia porque sobrepasan el hecho textual cuando intentan abarcar en su temporalidad la dimensión humana.

En esta tarea, la palabra subvierte la antigua y dolorosa pérdida de su condición de sujetos ya que, como afirma Ariel Brandstater en el prólogo de *Detrás de las*

¹³ Carlos Brück, “El autor de sus días”, en *Autobiografía y escritura*, Juan Orbe compilador, Bs. As., Corregidor, 1994.

¹⁴ Graciela Montes, “Anímese: cuente una historia”. En Clarín, 24 de septiembre de 2003. Pág. 27.

sombras, “la cifra tatuada se constituyó en la marca inventariable e inventariada de la cosa¹⁵”. Por eso desde que comenzó, el taller contrapone a la degradación de esa cosificación de la que fueron objeto, un proceso de restitución de la subjetividad; un espacio donde la cifra se transforma en relato, un enhebrado de recuerdos, sueños y experiencias que iluminan la memoria colectiva, el inicio de un retorno a la eternidad por la escritura.

BIBLIOGRAFÍA

Susi Brandstadter, *Detrás de las sombras*. Bs. As, Ed. Nuevohacer, 2004.

Carlos Brück, “El autor de sus días”, en *Autobiografía y escritura*, Juan Orbe compilador, Bs. As., Corregidor, 1994.

Mónica Bruder, *El cuento y los afectos*. Buenos Aires, Galerna, 2000.

Sergio Guelerman, *Memorias en presente. Identidad y transmisión en la Argentina posgenocidio*. Bs. As., Norma, 2001.

Carmen Hauser, “Los rastros del recuerdo”, en *Autobiografía y escritura*, Juan Orbe compilador, Bs. As., Corregidor, 1994.

Sylvia Molloy, “El teatro de la lectura: Cuerpo y libro en Victoria Ocampo”, en *Autobiografía y escritura*, Juan Orbe compilador, Bs. As., Corregidor, 1994.

Graciela Montes, “Anímese: cuente una historia”. En Clarín, 24 de septiembre de 2003. Pág. 27.

Gisella Perren Klinger, Apuntes del "III CONGRESO INTERNACIONAL DE TRAUMA PSÍQUICO Y ESTRÉS TRAUMÁTICO", Centro Cultural San Martín, 26 al 28 de junio de 2003.

Paul Ricoeur. *La memoria, La historia, el olvido*. México, Fondo de cultura Económica, 2004.

¹⁵ Susi Brandstadter, *Detrás de las sombras*. Bs. As, Nuevohacer Grupo Editor, 2004.

Jorge Semprún, *La escritura o la vida*. Barcelona, Tusquets, 1997.

Regina Steiner, "Aprender de los sobrevivientes". En Revista *Comunidades*, Bs. As., 19 de noviembre de 2003.

Tzvetan Todorov, *Frente al límite*. México, Siglo XXI, 1993.